

El cínico moderno, un caso límite del melancólico. Peter Sloterdijk ante la tentación psicopatológica

Martín Sebastián Fuentes

Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, Argentina  

<https://dx.doi.org/10.5209/ref.95212>

Recibido: 22/03/2024 • Aceptado: 28/03/2025 • Publicado en línea: 23/06/2025

Resumen: En *Crítica de la razón cínica*, Peter Sloterdijk afirma que el cínico moderno puede ser comprendido, psicológicamente, como un “caso límite del melancólico” capaz de mantener a raya sus “síntomas depresivos”. De acuerdo con esto, logra trocar su propia desilusión respecto del mundo en realismo utilitario de supervivencia. Satisface, de este modo, deseos subjetivos de autoafirmación en la dureza por medio de una actitud irónica generalizada, bastante próxima a “fenómenos esquizoides”. Esta caracterización es problemática porque corre el riesgo de habilitar una lectura “psicopatologizante” del cinismo, lo cual supondría que el propio autor contraviene algunas de sus premisas elementales. Para esclarecer este punto, es necesario precisar con exactitud el sentido que tiene la melancolía –y a partir de ella, la esquizofrenia– en el contexto general de este planteo. Sin embargo, esto requiere, a su vez, incursionar en lo que Sloterdijk entiende no sólo por “psicopatología”, sino también por “enfermedad”.

Palabras clave: cinismo; melancolía; esquizofrenia; psicopatología; Sloterdijk.

EN The modern cynic, a borderline case of the melancholic. Peter Sloterdijk facing the psychopathological temptation

Summary: In *Critique of Cynical Reason*, Peter Sloterdijk states that the modern cynic can be understood, psychologically, as a “borderline case of the melancholic” capable of keeping his “depressive symptoms” at bay. Accordingly, he manages to transform his own disillusionment with the world into utilitarian survival realism. In this way, satisfying subjective desires for self-affirmation in harshness through a generalized ironic attitude, quite close to “schizoid phenomena.” This characterization is problematic because it runs the risk of enabling a “psychopathologizing” reading of cynicism, which would mean that the author himself contravenes some of his basic premises. To clarify this point, it is necessary to specify exactly the meaning that melancholy – and from it, schizophrenia – has in the general context of this approach. However, this requires, in turn, delving into what Sloterdijk understands not only by “psychopathology”, but also by “disease”.

Keywords: cynicism; melancholy; schizophrenia; psychopathology; Sloterdijk.

Sumario: 1. Introducción. Peter Sloterdijk, al filo de la psicopatología; 2. Realismo melancólico: entre el endurecimiento y la petrificación; 3. Más allá del caso límite: las ironías de la enfermedad; 4. Conclusiones; 5. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Fuentes, M. S. “El cínico moderno, un caso límite del melancólico. Peter Sloterdijk ante la tentación psicopatológica”, *Revista de Filosofía*, avance en línea, <https://dx.doi.org/10.5209/ref.95212>

1. Introducción. Peter Sloterdijk, al filo de la psicopatología

Publicada en 1983, la *Crítica de la razón cínica* es una meditación ensayística sobre mundos de costumbres y mentalidades. Examina doscientos años de criticismo ilustrado por medio de una prosa orientada hacia el análisis filosófico-cultural (Couture, 2016, p. 10). El objetivo general es tornar visibles las complicadas vinculaciones entre Ilustración, modernidad y fascismo que alimentaron el ascenso del nacionalsocialismo y que prevalecieron activas en la escalada atómica desplegada en el contexto de la Guerra fría. Con este propósito, Sloterdijk emprende una relectura de la cultura ilustrada a la búsqueda de su resultado más irónico e insólito: el cínico moderno. En él ha tomado cuerpo la quiebra de las escenas inaugurales y más prometedoras del Iluminismo, asociadas al ejercicio del librepensamiento y al combate contra la sujeción: el desenmascaramiento, la educación y el diálogo (Couture, 2016, p. 11). La causa de ello es que la lucha contra la ignorancia en todos los frentes –religioso, político, artístico, científico, técnico, etc.–, más que lograr la emancipación del ser humano, ha dado rienda suelta a la competencia egoísta de las inteligencias; sobre el trasfondo de un vertiginoso estado de cosas cuya vasta multiplicidad y fluidez suele agruparse, aún hoy, bajo el confuso rótulo de “posmodernidad”.

La gran tesis que Sloterdijk desarrolla en el libro es, entonces, que el criticismo ilustrado ha degenerado en cinismo generalizado. De acuerdo con esto, el combate contra la superstición, el engaño y el error ha contribuido más a la proyección de un mundo carente de sentido en el que todo está permitido, que a la mejora del destino humano por irradiación de una verdad definitiva¹. De este modo, el optimismo ilustrado inicial se ha topado, primero con su tragedia –las guerras mundiales– para luego hallar su ironización final en la muerte de la crítica, por medio de la disolución de las ideas de totalidad y verdad. Desprovista así de todo resabio cómico, épico o sublime, la Ilustración narrada por Sloterdijk se muestra como una gran farsa, como un funesto monumento dedicado a la peligrosa convergencia entre la desilusión, el cálculo y la banalidad².

Especial interés reviste la definición “psicológica” que el autor arriesga en las primeras páginas del libro: “Psicológicamente se puede comprender al cínico de la actualidad como un caso límite del melancólico [*Grenzfall-Melancholiker*], un melancólico que mantiene bajo control sus síntomas depresivos [*depressiven Symptome*] y, hasta cierto punto, sigue siendo laboralmente capaz” (Sloterdijk, 2019, p. 40). El cínico de la actualidad, más que una conciencia alienada o corroída por el velo de la ideología, exhibe un talante por completo desinhibido, agresivo y descarado, acompañado de una suerte de orgullo amargo por las ventajas prácticas de estar –a diferencia de los ingenuos– ya completamente decepcionado del mundo. Sin embargo, sabe muy bien cómo mantener las apariencias. No sólo ante los demás –lo que ya introduce en él una escisión entre ser y apariencia–, sino, en ocasiones, incluso ante sí mismo –lo que incrementa notablemente los riesgos de disociación psíquica–. Después de todo, la máscara del moralista es una de sus predilectas. Especialmente, cuando en él se dan cita “un cinismo riguroso en los medios con un moralismo igualmente rígido en las metas” (Sloterdijk, 2019, p. 299). Es, por lo tanto, capaz de observar el mecanismo del error de manera bipolar: no cree ni se deja engañar, pero sí deja creer para poder así engañar a los otros (Sloterdijk, 2019, p. 73). Se corona, de este modo, como la innovación más inesperada de la conciencia moderna: la forma “reflexiva” de la ideología. No es tanto víctima del “error” como agente militante de las ventajas que provee el acceso desilusionado a la realidad.

Sloterdijk desestima la capacidad de la Teoría Crítica para una lectura competente del cinismo imperante, incluyendo en esta misma impugnación a las variantes “psicopatologizantes” de la crítica ilustrada. Para estas perspectivas, la conciencia objeto de crítica es definida también como “falsa conciencia” (*Falsches Bewußtsein*):

La falsa conciencia aparece en primera línea como conciencia enferma [*krankes Bewußtsein*]. Casi todos los trabajos importantes del siglo XX sobre el fenómeno de la ideología tiran de la misma cuerda, desde Sigmund Freud, pasando por Wilhelm Reich, hasta Ronald Laing y David Cooper, sin olvidar a Joseph Gabel, que ha llevado a su extremo esta analogización [*sic.*] de ideología y esquizofrenia [...]. El apoyo objetivamente bien fundado de la crítica en la psicopatología arriesga un distanciamiento cada vez más profundo del enemigo, a quien cosifica y hace perder realidad. Al final, el crítico de la ideología aparece ante la conciencia enemiga como uno de esos modernos patólogos altamente especializados que, en efecto, pueden decir de una manera precisa de qué clase de enfermedad [en el original, *krankhafter Störung*: trastorno patológico] se trata y que, sin embargo, no saben nada de

¹ En el cinismo actual, el apotegma “todo está permitido” –adjudicado erróneamente a Iván Karamázov en la célebre novela de Dostoevski– toma cuerpo en el marco de un fortalecimiento generalizado de las estrategias coercitivas de dominación. La consigna adquiere por ello una resolución conservadora: justifica no sólo los medios en función de los fines, sino también los fines en función de su conveniencia y utilidad.

² Neil Wilson (1987) opina que el libro de Sloterdijk es una parodia, una sátira de la Ilustración y de su promesa de una vida mejor, tanto desde el punto de vista de la forma como del contenido. En términos estilísticos, lo define como un “barroquismo bávaro” construido a partir del *collage* de múltiples perspectivas yuxtapuestas: discurso filosófico, narración literaria, ironía teórica e historia satírica. En términos de estructura narrativa, la evolución del cinismo es narrada por el autor como un desplazamiento paulatino desde la sátira cómica –Diógenes– hacia la ironía como residuo trágico –Adorno y Horkheimer: la muerte de la idea de totalidad– (Wilson, 1987, pp. 60-61).

terapias, ya que este asunto no entra dentro de su campo de acción. Tales críticos se interesan, al igual que muchos médicos corrompidos por la profesión, más por las enfermedades [Krankheiten] que por los pacientes (Sloterdijk, 2019, p. 60).

A la luz de una advertencia semejante, resta determinar cómo el proyecto sloterdijkiano de una crítica de la razón cínica podría sustraerse a este tipo de subterfugios “psicopatologizantes”. Especialmente, teniendo en cuenta que es el propio Sloterdijk quien define “psicológicamente” al cinismo por referencia a un fondo melancólico de existencia, cuya sintomatología depresiva –expresión, esta última, de una gran carga semántica– sería mantenida a raya con éxito, aunque con un elevado costo: la aproximación a estados de conciencia análogos a fenómenos de carácter esquizoide.

Muchos son los interrogantes que se desprenden a partir de esta aparente contradicción. En primer lugar, ¿es el cínico un melancólico no-patológico que desarrolla sus cálculos egoístas al filo de la depresión? ¿Es también un proto-psicótico? ¿Hasta qué punto es capaz de ser ambas cosas sin sucumbir al abismo de la enfermedad? Sin embargo, ¿qué sería, en última instancia, lo que debe entenderse aquí por “enfermedad”? Después de todo, y en sintonía con el talante filosófico general de la obra, ¿no serán la depresión, la melancolía e incluso la esquizofrenia, más que fenómenos “anormales”, distintos gradientes al interior del *continuum* de la vida, para el que las denominaciones clínicas no son más que etiquetas? Pero si este es el caso, ¿qué significa o qué señala ese límite arbitrario sobre el que se balancean, para Sloterdijk, los cínicos modernos? Y lo que es aún más importante: ¿qué hay más allá de él? ¿Una melancolía a secas, en cuyo seno se extingue incluso hasta el interés subjetivo por la autoconservación? ¿Una suerte de abismo hacia el sinsentido absoluto o una realidad ya deformada psicóticamente?

Una colección semejante de interrogantes exige precisar en qué consiste esta melancolía a la que alude Sloterdijk en este escrito³. Sin embargo, la cuestión subyacente sólo podrá ser dirimida si se logran exhumar, del planteo en su conjunto, las concepciones e ideas –por más laxas o difusas que sean– que enmarcan su comprensión general acerca del vasto mundo de las clasificaciones clínico-psiquiátricas y, en términos aún más amplios, sus opiniones al respecto del concepto mismo de “enfermedad”. Sólo de esta manera podrán fijarse las coordenadas que rigen y encuadran las relaciones esenciales entre melancolía y cinismo exploradas por el autor en *Crítica de la razón cínica*.

2. Realismo melancólico: entre el endurecimiento y la petrificación

Para Sloterdijk, el cinismo es la firma de un fenómeno, al mismo tiempo, europeo y alemán, dos escalas de análisis que el autor es bastante propenso a confundir entre sí (Couture, 2016, p. 13). Por un lado, como fenómeno europeo, hunde sus raíces en la auto-anulación del *ethos* ilustrado, es decir, en un criticismo bicentenario que no ha sabido contrarrestar el carácter corrosivo de sus propios efectos, así como tampoco el envilecimiento progresivo de sus más nobles estandartes. De acuerdo con la narrativa propuesta en *Crítica de la razón cínica*, las fuerzas más genuinas de la reflexión crítico-ilustrada se resumen en una suerte de octaedro: ocho son las formas paradigmáticas de “desenmascaramiento” crítico que han marcado a fuego el estilo reflexivo de la modernidad. No tanto por los éxitos que pudieron o no haber cosechado, sino más bien por el hecho de que las formas de conciencia en cada caso desenmascaradas, han aprendido, de sus respectivos atacantes, a ejercer el arte disolvente de la crítica. Sin entrar en detalles, puesto que no es el tema del presente artículo, estas modalidades de desenmascaramiento son las siguientes: crítica de la revelación, crítica de la ilusión religiosa, crítica de la apariencia metafísica, crítica de la superestructura ideológica, crítica de la apariencia moral, crítica de la transparencia, crítica de la apariencia natural y crítica de la apariencia privada. De acuerdo con Sloterdijk, estos “turbulentos impulsos de la Ilustración reflexiva” han llegado a ser tan decisivos como los desarrollos técnicos y científicos desplegados desde las postimerías del siglo XVII. No sólo porque modificaron la vida de las sociedades, sino fundamentalmente porque lograron alterar “...estructuralmente las conciencias confiriéndoles una nueva constitución dinámica [...]. Han creado un terreno intelectual y psíquico movedizo sobre el que las viejas formas de tradición, identidad y carácter ya no eran posibles...” (Sloterdijk, 2019, p. 139)⁴. A partir de esta

³ En las páginas siguientes, se fundamenta que los rasgos esquizoides del cínico moderno son productos derivados del realismo melancólico que modera su relación con el mundo. A causa de ello, para el presente artículo, el análisis de la melancolía reviste mayor interés que el de la esquizofrenia.

⁴ Es importante destacar que Sloterdijk considera que la disolución de todos los valores, referida usualmente bajo los rótulos de “posmodernidad” o “nihilismo”, responde, en realidad, a impulsos reflexivos cuyos primeros estruendos se enmarcan en el espíritu dieciochesco de la Ilustración clásica. Principalmente, de la mano del libertinismo erudito y el mesmerismo. Sloterdijk explora estas cuestiones en su primera novela filosófica, titulada *El árbol mágico. El nacimiento del psicoanálisis en el año 1785* –publicada en 1985–, y también en el ensayo *El pensador en escena. El materialismo de Nietzsche*. En este último, resume la situación contemporánea del siguiente modo: “Desde el siglo XVIII, en la evolución burguesa de la expresión, se ha puesto en marcha [...] un enorme movimiento destinado a derribar barreras y a proporcionar relajamientos y liberaciones –un movimiento cuyo despliegue hoy discutimos bajo el confuso nombre de postmodernidad” (Sloterdijk, 2009, p. 65 Nota al pie n°12). Sin embargo, Müller-Funk (2017) y Wilson (1987) insisten en que el estilo narrativo de Sloterdijk es, a grandes rasgos, “posmoderno”, bajo el pretexto de que el autor sería un incrédulo respecto de las “grandes narrativas”. No obstante, ellos mismos afirman que

pérdida endémica de fundamentos, se propagó el crepúsculo cínico de la modernidad. En primer lugar, como derrota y “muerte de la crítica” a partir del reconocimiento filosófico, ya en pleno siglo XX, de que no hay punto de vista totalizador ni distancia objetiva posible. En segundo lugar, como culminación triunfal del largo proceso de aprendizaje y readaptación de las “prepotencias” (*Vormacht*), es decir, de todos aquellos poderes despóticos –religiosos, políticos, sociales, culturales y/o económicos– que la propia Ilustración, en sus variantes más progresistas, se propuso criticar y combatir⁵.

Por otro lado, como fenómeno alemán, el cinismo está profundamente ligado al periodo historiográfico conocido como la “República de Weimar”. Para Sloterdijk, se trata del ejemplo paradigmático de lo que es una verdadera “Ilustración malograda” (Sloterdijk, 2019, p. 47), no exenta de ambigüedades. En primer lugar, porque la cultura weimariana, atravesada por el “dolor de la modernización”, supo expresar sus propias desilusiones epocales de una manera muy fría, pero también notablemente aguda (Sloterdijk, 2019, p. 44). De esto da sobradas muestras el nuevo canon estético que fue capaz de producir, con una dignidad análoga a la del panteón clásico-romántico nacional (Müller-Funk, 2017, p. 26). Sin embargo, en segundo lugar, Weimar abrió el peligroso pasadizo que conecta la pérdida de la ingenuidad –en el ámbito de los valores, las creencias y los ideales– con la necesidad desesperante de sobrevivir al absurdo por medio de la adopción de un realismo duro y agreste, capaz de trocar el nihilismo y la melancolía en desinhibición agresiva, llámesese esta “nacionalsocialismo”, “Fracción del Ejército Rojo” o “Equilibrio del Terror”.

La Primera Guerra Mundial es el punto de inflexión en el que convergen, de manera explosiva, ambas escalas del fenómeno. En esta tormenta de naciones, un patriotismo burgués exacerbado, devenido en sistema político demencial, se dió cita con una “...perturbación colectiva de la vitalidad a través de la cual las energías de lo vivo [se desplazaron] hacia la simpatía con lo catastrófico, lo apocalíptico, lo espectacular y violento” (Sloterdijk, 2019, p. 203). La guerra se convirtió así en una elevación sublime de la que solo despiertan los derrotados, obligados a partir de entonces a medir sus fuerzas ante una realidad desprovista de ilusiones, con el único objetivo de volverse tan duros como ella. El caso alemán ilustra esto a la perfección, puesto que el júbilo bélico inicial de las juventudes guillerminas se topó, muy abruptamente, no sólo con el despedazamiento de su orgullo nacional, sino también, en un sentido más amplio, con la decadencia generalizada de los ideales propios de la cultura burguesa (Sloterdijk, 2019, pp. 204-205). Así, de potencia militar en ascenso, Alemania devino imperio humillado, en medio de un tránsito traumático desde los modos monárquicos hacia los parlamentarios, para desembocar, finalmente, en el auge del nazismo.

En este contexto, Sloterdijk señala una proliferación masiva de estados “quebradizos de conciencia”: “... ironía, cinismo, estoicismo, melancolía, sarcasmo, nostalgia, voluntarismo, resignación ante el mal menor, depresión [*Depressivität*, en el original] y aturdimiento como elección consciente de la inconsciencia” (Sloterdijk, 2019, p. 205)⁶. Este espectro gris de estados de conciencia se enmarca sin dificultades dentro de la tónica psicopolítica de la época: una pérdida melancólica y generalizada de la ingenuidad, deseosa de resolver la sensación del absurdo, no ya en nuevos ideales y valores, sino más bien en modos de autoafirmación (*Selbstbehauptung*) en la dureza (*Härte*). Es decir, mediante la participación colectiva en una imagen del mundo fundada en el “realismo”:

Desde que la sociedad burguesa empezó a tender puentes entre el saber de los de arriba y el de los de abajo del todo, pretendiendo fundar íntegramente su imagen del mundo sobre el realismo, los extremos se van entrelazando cada vez más. Hoy día, el cínico aparece como un tipo de masas [...] ha dejado de ser un marginado (Sloterdijk, 2019, p. 39).

Este cinismo universal y difuso constituye, al decir del autor, el nuevo malestar de la cultura: un cinismo que germina no sólo en la esfera urbana, sino también en la cortesana. En definitiva, un “realismo perverso” (Sloterdijk, 2019, p. 38) cuya fisonomía se resume en la sonrisa mordaz de una inmoralidad abierta, es decir, de una “ironización” radical de la ética anclada en el presupuesto de que las leyes generales –sean cuales sean– sólo existen para los tontos (Sloterdijk, 2019, p. 38). A causa de ello, el cínico “...no entiende su manera de ser como algo que tenga que ver con el ser malvado, sino como una participación en un modo de ver colectivo y moderado por el realismo” (Sloterdijk, 2019, p. 39)⁷.

5 la revisión sloterdijkiana de la Ilustración es excesivamente simplista, dado que traza un arco histórico omni-abarcante –un “gran relato”, podría decirse– que se extendería, de manera muy grosera, desde Diógenes de Sínope hasta Adorno.

6 Para Sloterdijk las “prepotencias” (*Vormacht*) son focos de poder definidos, *a grosso modo*, en términos afines a la teoría del poder de Foucault. Se trata de poderes que no son omnipotentes, sino más bien centros de poder que se encuentran permanentemente en pugna con sus contrapoderes o “antipotencias” (*Gegenmacht*) (Sloterdijk, 2019, p. 767).

7 Para Müller-Funk, la utilización que hace Sloterdijk del concepto de cinismo se corresponde con un “término-paraguas” que recae, no sólo sobre una enorme lista de autores y figuras muy disímiles entre sí, sino también sobre un abanico de atmósferas sociales y afectivas demasiado diverso (Müller-Funk, 2017, pp. 29-30). El extracto citado parece abonar al punto señalado por este autor.

8 Para el momento en que fue publicada la *Crítica de la razón cínica*, ya existía una conjunto considerable de obras alemanas de posguerra que se habían ocupado del cinismo como fenómeno psicosocial: *Parmenides und Jona* de Klaus Heinrich, *Moral e hipermoral* de Arnold Gehlen y *El coraje de existir*, de Paul Tillich. Para más información, véase Freitas (2021).

La melancolía es la superficie afectiva sobre la que el cinismo hace pie para desplegar su consenso amoral sobre la realidad. En cierto sentido, constituye el núcleo psicopolítico de la Ilustración entendida como un proceso de desilusión, es decir, de avance progresivo en el desenmascaramiento de las apariencias. Esto, bajo riesgo de perecer a manos de la falta de ilusiones, pues “allí donde la Ilustración aparece como «triste ciencia» provoca, a pesar suyo, una petrificación melancólica” (Sloterdijk, 2019, p. 28). De ahí que el realismo ilustrado sea completamente incomprensible si uno prescinde de su rasgo fundamental: el “enfriamiento de la relación intelectual «yo-mundo»” (Sloterdijk, 2019, p. 483). A causa de ello, la vinculación “erótica” con el saber se ha vuelto, sino imposible, al menos hipócrita, cuando no directamente una rareza: “Ya no hay ningún saber del que se pueda ser amigo (*philos*). Ante lo que sabemos no se nos ocurre amarlo, sino que nos preguntamos cómo nos acomodaremos a vivir con ello sin convertirnos en estatuas de piedra” (Sloterdijk, 2019, pp. 13-14).

Existe, por lo tanto, una relación muy estrecha entre melancolía, realismo y verdad. No tanto en el sentido epistemológico de un acceso privilegiado a la descripción de hechos empíricos, sino más bien en lo que atañe a la aprehensión del “peso” o valor negativo de los fenómenos. Esto hace de la melancolía un *pathos* que desafía, quizás como ningún otro, supuestos relativos al valor de la vida y las instituciones sociales por medio de intervalos, más o menos transitorios, de amarga clarividencia. El mundo social revela, ante ella, su consistencia teatral. Es decir, su irrealidad, su apariencia de sentido, hecha de arbitrariedades, mentiras y falsedades del más variado tipo. El melancólico choca de lleno con el gran *bluff* en el que consiste la realidad. Si logra evitar el pasmo, entiende que la única posibilidad disponible de ser realista es subir al escenario para participar de la ficción, ya sea convirtiéndose en actor o, incluso, en dramaturgo (Sloterdijk, 2019, p. 669). Pero con esto, se incrementan notablemente sus chances de volverse cínico⁸.

Aprender a moverse con astucia utilitaria entre fachadas convencionales y hechos desnudos ofrece ventajas muy tentadoras. Especialmente en la competencia con los ingenuos, la simulación –una forma de “ideología reflexiva”, esto es, de ideología que se sabe falsa pero útil– es un arma fundamental. Esta es la razón que explica por qué este teatralismo melancólico ilustrado germina con facilidad en el ámbito del poder, una de las instancias –junto al saber científico– en las que acontece el “moderno más allá del bien y del mal” (Sloterdijk, 2019, p. 291). Bajo la forma del “melancólico realismo del gobernar” (Sloterdijk, 2019, p. 146), las alturas del poder están transidas por la carencia de ilusiones y la puesta en práctica de hipótesis despectivas acerca de lo que cabe esperar del resto de los hombres. Sin embargo, este “mood melancólico-funcional” (Couture, 2016, p. 11) se extiende incluso hacia el dominio de las intelectualidades críticas, bastante debilitadas y dominadas por “sordos estados de desaliento” (Sloterdijk, 2019, p. 21). Especialmente después de la disolución del movimiento estudiantil, acontecimiento que aceleró la fuga colectiva de “la esperanza al realismo, de la revuelta a la inteligente melancolía, de un gran «no» político a un pequeño y plúmbeo «sí» subpolítico, de un radicalismo de la política a un curso medio del existir inteligente” (Sloterdijk, 2019, pp. 157-158)⁹.

Sin embargo, Sloterdijk es un convencido de que “ha llegado el tiempo para una nueva crítica de los temperamentos” (Sloterdijk, 2019, p. 28). Esto implica apostar por una crítica del cinismo que, luego de exponerse a los “infiernos del realismo”, sea capaz de torcer el destino melancólico de la Ilustración en favor de un desenlace temperamental alternativo:

Si en un principio parece como si la Ilustración desembocara de un modo necesario en la desilusión cínica, muy pronto da la vuelta a la página y la investigación del cinismo se convierte en la fundamentación de una buena carencia de ilusiones. La Ilustración fue desde siempre desilusión, en el sentido positivo; y cuanto más avance, tanto más próximo estará el momento en el que la razón nos llame para ensayar una afirmación (Sloterdijk, 2019, p. 29).

De acuerdo con esto, el contrajuego perpetuo entre *Zynismus* –cinismo de las prepotencias– y *Kynismus* –cinismo de las antipotencias– no es más que el duelo perpetuo entre dos actitudes no-ingenuas que se batían a duelo sobre la superficie ambivalente de la realidad –un juego del que la Teoría Crítica ha decidido, de manera completamente indeclinable, no participar por razones afectivas y morales, más que intelectuales o filosóficas–. Su principal diferencia radica en la coloración melancólica del cínico moderno. Esta se encontraba completamente ausente en Diógenes de Sinope, el “filósofo-perro” que embestía descaradamente contra el sistema entero y artificial de las necesidades sociales en defensa de una vida completa, libre y frugal. Pero sí predomina en el cínico moderno, que ha cambiado de bando para reafirmar,

⁸ En *El árbol mágico*, Sloterdijk incorpora a la narración los apuntes que el protagonista, Jan van Leyden, escribe con miras a la elaboración futura de un tratado psicológico-filosófico. En uno de ellos, analiza las diferencias entre el delirio y la depresión: “Nadie tiene más energía que el que está impulsado por el delirio y nadie está más cerca de la verdad que el sumido en el pasmo de la depresión. El loco es el prototipo del activo mientras que el deprimido se aproxima más a la figura del contemplativo. El uno realiza con alas prestadas unos vuelos grandiosos y trascendentales. El otro, con ojos petrificados, mira el mundo como si no tuviera nada que ofrecerle” (Sloterdijk, 1986, pp. 252-253).

⁹ La Teoría Crítica es también, a este respecto, ejemplar, en la medida en que se encuentra poblada de “agresivos y depresivos moralistas” (Sloterdijk, 2019, p. 211), ávidos por sostener una ética afectiva del compromiso mientras declaran la imposibilidad de un punto de vista totalizador sobre la realidad.

de manera jactanciosa, su participación conformista en la locura organizada en que consiste la sociedad imperante, con su competencia compulsiva por méritos, honores y ventajas¹⁰. Ser el más desilusionado de todos se ha convertido, para él, en un activo clave para la supervivencia y el éxito.

3. Más allá del caso límite: las ironías de la enfermedad

El malestar de la cultura moderna hunde sus raíces en un realismo de la desilusión. En este sentido, el cinismo no es más que una flexión determinada de la melancolía, una declinación bastante rara o irregular de la misma, pues conjuga una dosis significativa de depresión con una férrea voluntad de autoafirmación dispuesta a la catástrofe¹¹. Un equilibrio anímico bastante precario, sostenido a partir de una peligrosa espiral dialéctica que se alimenta del absurdo para transformarlo en dureza de carácter. Por esta razón, quizás el límite que separa al cínico del melancólico es, para Sloterdijk, un punto de no retorno más allá del cual no existe ya forma alguna de que la relación entre desilusión y endurecimiento pueda ser dialectizada. Mientras esto no suceda, el cinismo tenderá hacia su crecimiento exponencial, por medio del aseguramiento paranoico de la autoconservación y la búsqueda, cada vez más exaltada, de un Yo lo suficientemente macizo. No en vano, Sloterdijk es un convencido de que los fenómenos cínicos guardan una relación muy estrecha con rasgos psicóticos, tales como las paranoias, los delirios de grandeza e, incluso, las escisiones a nivel de la de la conciencia¹².

Existiría, por lo tanto, una bifurcación más allá de la cual el cínico, o prevalece como tal hasta el extremo de la disociación y la psicosis, o bien abandona el cinismo para dar el salto definitivo hacia la melancolía. El primero de estos senderos supone la prolongación de la sinergia cíncido-depresiva a través del jardín de las psicosis, una región en la que “los límites entre la autoafirmación y la destrucción ciega se diluyen” (Sloterdijk, 2019, p. 161). El segundo implica una desviación hacia la melancolía propiamente dicha, en una dirección radicalmente diferente que no es explorada en la obra en cuestión, a saber: la de un sinsentido que corre hasta el interés por la propia supervivencia¹³. En estos términos, el cinismo es, quizás, la última palabra posible de la melancolía. Más allá de él, tal vez nada que valga la pena pueda ser dicho ni mucho menos emprendido. En esto reside su valor como caso límite. Incluso, su capacidad de juego creativo con las paradojas sobre las que se asienta, en definitiva, toda cultura. Pero también su identificación con un radicalismo de la dureza. La melancolía es, para el cinismo, su fuente de energía negativa; la psicosis, el proceso de combustión que dispara hacia el infinito su trayectoria.

A lo largo de toda la obra, Sloterdijk utiliza tres expresiones en alemán para referirse a los templos de ánimo melancólico-depresivos que sirven de trasfondo al tacticismo amoral del cínico: *Melancholie*, *Depression* y *Depressivität*. Se sirve de ellos como de términos intercambiables entre sí, además de utilizarlos en un sentido muy amplio, nunca precisado del todo. Pese a ello, algunas observaciones pueden resultar de utilidad¹⁴. El *Dictionary of Psychology* de la American Psychological Association define a la melancolía como un nombre arcaico de la depresión (APA, 2015, p. 635) que, a fines del siglo XIX, estaba asociado a cualidades delirantes –delirios hipocondríacos– y a una pérdida de contacto con la realidad. En esta misma línea, el *Campbell Psychiatric Dictionary* (2019) señala que la tendencia actual considera a la melancolía en un sentido más limitado para indicar lo que se conoce como “depresión severa”, la cual puede o no presentar rasgos psicóticos. A través de esta última, el término “melancolía” ha regresado actualmente como un subtipo del depresivo, asociado a lo que hoy entendemos por “depresión endógena”,

¹⁰ En este sentido, como señala Sorgner, el quinismo es presentado por Sloterdijk como una reacción más “saludable” ante el nihilismo (2007, p. 198). Por otro lado, esta idea de “cambio de bando” refiere a la adopción prepotente de estrategias “kynicas” antipotentes. Principalmente, la insolencia (Sloterdijk, 2019, pp. 188-192). En lo que atañe a la distinción entre el cinismo antiguo y el cinismo contemporáneo, Müller-Funk (2017) llama la atención sobre un texto de Klaus Heinrich publicado en 1964, titulado *Vernunft und Mythos*, el cual incluye un capítulo dedicado a la diferencia entre el cinismo antiguo y el moderno que habría sido decisivo para Sloterdijk.

¹¹ El cinismo es, para Sloterdijk, una atmósfera social universal y difusa. Esto quiere decir que, más que la excepción, es la norma imperante. Su rareza o irregularidad sólo es tal en relación con la melancolía considerada como fenómeno autónomo. De hecho, a ello refiere la definición sloterdijkiana que da nombre al presente artículo: “el cínico es un caso límite del melancólico”.

¹² Nuevamente, los apuntes de Van Leyden en *El árbol mágico* son ilustrativos: “La contrafigura natural del paranoico, con su Yo macizo, la constituye el depresivo [...]. Burla a la vida y la contraria en todos los terrenos, rechazando todas sus ofertas y con el argumento de que no son para él, que él está muy cansado. Él se encierra en la vacía fortaleza de su desánimo [...]. Contemplemos a los dos juntos: al loco poseedor del Yo y al depresivo negador del Yo. Aparentemente son idénticos, como dos gemelos antagónicos. Por eso tantas personas, en el transcurso de su vida, pasan de un polo al otro. Empiezan en la euforia y terminan en el pasmo” (Sloterdijk, 1986, pp. 251-252).

¹³ La depresión y la melancolía son analizadas, en sí mismas, en obras posteriores. En el marco de la “analítica del venir-al-mundo”, desplegada entre 1988 y 1993, la cuestión es trabajada en textos como *Eurotaoísmo* y *Extrañamiento del mundo*. En las proximidades del año dos mil, es abordada en los dos primeros tomos de *Esferas*. En ambos casos se utilizan categorías fenomenológicas de análisis en diálogo con la tradición freudiana. Acerca de la melancolía en el proyecto *Esferas*, véase Fuentes (2022).

¹⁴ La siguiente información no se corresponde con materiales que hayan sido leídos directamente por Sloterdijk. Su único propósito es poner a disposición del lector algunas acepciones posibles de la melancolía y de la depresión para tratar de comprender el uso que de estas palabras hace Sloterdijk. Atendiendo a este propósito, reviste especial interés destacar que, desde el siglo XIX y por lo menos hasta la década del ochenta, la depresión solía ser clasificada dentro de las psicosis (Berrios, 2013, pp. 345-348). La estrecha vinculación entre depresión y esquizofrenia indicada por Sloterdijk responde innegablemente a este hecho.

es decir, desprovista de causas externas y ambientales (Rodríguez Kuri, 2013). Sin embargo, el *Dictionary of Psychological Medicine* (1892) editado por Daniel Hack Tuke, destaca que en la literatura especializada del siglo XIX se desarrolló paralelamente un sentido de la melancolía que carece de los rasgos mórbidos típicos de su versión clínica –tales como irracionalidad en la conducta, pérdida del autocontrol, tendencia al suicidio o el homicidio, entre otros¹⁵. En esta variante, los acontecimientos y sucesos circundantes todavía conservan cierto interés, aunque notoriamente disminuido, mientras que la facultad para atenerse a deberes cotidianos –al menos, de manera estrictamente exterior– se preserva intacta¹⁶.

En lo que respecta a la depresión –que procede del latín *de* y *premere*, “apretar”, “oprimir”; y de *deprimere*, “empujar hacia abajo”–, lo cierto es que ingresó hace relativamente poco al dominio de las aflicciones, aproximadamente en el siglo XVII, tanto en la literatura como la medicina (Jackson, 1989). Por último, la expresión alemana *Depressivität* no tiene equivalente en castellano. De acuerdo con el *Dorsch Lexicon der Psychologie*, se refiere a los rasgos propios de una personalidad o comportamiento desanimado, sin conexión necesaria con trastornos depresivos propiamente dichos. Sus características aparecen de forma situacional (es decir, reactiva) y temporal, a diferencia del trastorno psicológico. Por lo tanto, más que con el mundo de la enfermedad (*Krankheit*), se vincula estrechamente con el universo semántico de la aflicción (*Betrübtheit*) o de la *melancholy* decimonónica.

En principio, el cinismo prefigurado por Sloterdijk manifiesta grandes correspondencias con sentidos de la melancolía y la depresión no necesariamente ligados al universo de lo mórbido¹⁷. Al menos en apariencia, puesto que existen pasajes en los que el filósofo alemán es bastante explícito a la hora de caracterizar al cinismo como un espectro de fenómenos psicológicos y culturales de carácter patológico. De hecho, en la sección titulada “Los cinismos cardinales”, realiza una suerte de balance provisorio de las formas de cinismo analizadas hasta el momento cuya vinculación con el ámbito de las psicopatologías queda establecida de manera contundente:

[El] cinismo es la falsa conciencia ilustrada; la conciencia infeliz [*unglückliche*] en forma modernizada. El aserto es, a este respecto, un aserto intuitivo que comienza con una paradoja: expresa un malestar [*Unbehagen*] que el mundo moderno ve impregnado de locas bromas culturales, de falsas esperanzas y el correspondiente desengaño de las mismas, del progreso de lo loco [*des Verrückten*] y de la paralización de la razón, de la profunda grieta que atraviesa las modernas conciencias y que para siempre parece separar unos tiempos de otros, lo razonable de lo real, lo que se sabe de lo que se hace. En la descripción llegamos a una patología [*Pathographie*, en el original] que palpa fenómenos esquizoides [*schizoide Phänomene*]; en ella intentamos encontrar palabras para estructuras perversamente complicadas de una conciencia que se ha hecho reflexiva, casi más triste [*tristen*, de *trist*: también “deprimente”, “sombria”, “pesimista”] que falsa y que, bajo necesidades de autoconservación, sigue manteniendo una economía poco económica [la espiral dialéctica cínico-depresiva] en una permanente autonegación moral (Sloterdijk, 2019, p. 327)¹⁸.

¿Dónde queda, entonces, aquello de no incurrir en diagnósticos psicopatologizantes? El extracto no podría ser más contradictorio con el espíritu sloterdijkiano de la crítica de la razón cínica. Sin embargo, Sloterdijk no lleva a cabo una simple traspalación de categorías psicopatológicas al ámbito de la reflexión filosófico-cultural. La operación que realiza es un poco más compleja. En efecto, el invocado factor esquizofrénico estaría dado, para él, por una manifiesta escisión de la subjetividad que sería producida sin la mediación de conflictos inconscientes. Esto significa que se trata de una forma de división que es experimentada por las conciencias en su propia superficie y en primera persona: puntualmente, “en sus cálculos cotidianos” (Sloterdijk, 2019, pp. 352-353). Se trata, por ende, de una condición que tiene más que ver con el dinamismo específico de una forma de subjetividad que con una clasificación psicopatológica. En estos términos, el autor traza una relación directa con dos clásicos tópicos hegelianos. Por un lado, la “conciencia desdichada” (*Unglückliches Bewusstsein*), una figura de la autoconciencia en la que esta hace experiencia de su propia falta de unidad a causa de un conflicto entre su realidad finita y su ideal de infinitud. Por otro lado, la “conciencia desgarrada” (*zerrissenes Bewußtsein*), una conciencia dividida y contradictoria que oscila con frivolidad entre la ironía y el cinismo, sin resolver ni superar las hipocresías de la sociedad burguesa –de las cuales participa también¹⁹. Inspirado por estas ideas de Hegel, Sloterdijk distingue tres grandes modalidades de escisión cínica: 1) ante la imposibilidad de realizar el ideal del

¹⁵ El idioma inglés conserva vestigios de esta diferencia en los términos *melancholia* –de connotación psicológica, vinculada a lo mórbido– y *melancholy* –coloquial, con referencia a emociones, personas y atmósferas–.

¹⁶ En *Depressive Realism. Interdisciplinary perspectives* (2017), Colin Feltham establece, en esta misma dirección, las diferencias entre la depresión clínica y el “realismo depresivo” entendido como visión del mundo no necesariamente patológica. El autor incluye entre estas reflexiones, referencias a Diógenes Sínope y la *Critica de la razón cínica*.

¹⁷ De hecho, de las tres expresiones que utiliza, la que aparece con mayor frecuencia es *Melancholie*.

¹⁸ En esta misma línea, al comienzo del libro, Sloterdijk afirma lo siguiente en referencia a la cultura weimariana: “Si hay una época que requiera una psicopatología histórica, ésta es la que abarca el decenio y medio que va desde la caída del Imperio hasta el establecimiento del nacionalsocialismo” (Sloterdijk, 2019, pp. 47-48).

¹⁹ El prototipo hegeliano de la conciencia desgarrada es *El sobrino de Rameau*, de Denis Diderot, reconvertido por Sloterdijk en personaje de su novela *El árbol mágico*. Para más información respecto de la diferencia entre conciencia desgarrada y conciencia desdichada, véase Martín (2017, pp. 75 y 77).

deber –caso del idealista derrotado, o no devenido pragmático–; 2) al obrar amparado en la “fuerza de las cosas” –la “mala fe” sartreana, el *das Man* heideggeriano–; y 3) las conductas manipuladoras de simulación –la ya mencionada “ideología reflexiva”–. Por su parte, en lo que hace al factor melancólico, este consiste básicamente en un estado de pérdida generalizada de la ingenuidad y la ilusión, que se traduce en resignación respecto del sistema de necesidades de la civilización imperante: una suerte de “mood melancólico-funcional” (Couture, 2016, p. 11) que se desliza sobre un bloque despiadado y amoral de realidad. De esta manera, ya sea que se trate de idealistas derrotados, de la banalidad del mal o de pragmáticos simuladores, los cínicos modernos padecen en primera persona un realismo quebradizo y melancólico que los obliga a formas mórbidas de auto-escisión que no hunden sus raíces en mecanismos inaccesibles a su propia mirada.

En concordancia con esto, el planteo de Sloterdijk carece del rasgo distintivo de las “psicologías profundas”, precisamente porque permanece al mismo nivel de los fenómenos que intenta explicar sin apelar a instancias inconscientes. En este sentido, al menos a primera vista, no habría aquí riesgo de “cosificación” o “funcionalización” de la conciencia contrincante por parte del autor; el cual “se sitúa concienzudamente en rivalidad con la conciencia enemiga, en vez de comentarla desde arriba” (Sloterdijk, 2019, p. 74), o de “operar” detrás de ella para extirpar los mecanismos que la sujetan al error (Sloterdijk, 2019, pp. 53-55) –sean estos de índole psicológica o socioeconómica. Sin embargo, prescindir de las “profundidades” de la psique no libera al planteo de la enorme carga psicopatológica que lo amenaza. Simplemente circunscribe los rasgos “mórbidos” del cinismo –escisiones esquizoides, templos melancólicos– al nivel topológico de la conciencia.

Existe un reducto posible, con asiento en bondadosas concesiones por parte del lector, que podría facilitar, en este punto escabroso, una salida elegante para Sloterdijk: diluir sus contradicciones en los rasgos de su particular prosa filosófica. De acuerdo con esta hipótesis provisoria, el uso sloterdijkiano de expresiones tales como “síntoma”, “patografía”, “patológico”, “esquizofrenia”, “melancolía”, “depresión” y demás, podría hallar el principio de su justificación a partir de la falta de pretensiones literalistas y en favor de una utilización figurativa. No obstante, la inclusión de Louis Althusser dentro de la obra, no sólo como caso paradigmático de cinismo teórico marxista, sino ya como una “contribución tardía a la psicopatología del marxismo” (Sloterdijk, 2019, p. 169), elimina toda esperanza de exoneración metafórica en favor de la literalidad más extrema y perturbadora. Sloterdijk no se detiene ante los límites del *argumentum ad hominem*. Llega a los extremos de subrayar, en la persona misma de Althusser, el ataque psicótico que tuvo por desenlace el asesinato de su esposa, bajo pretexto de que este hecho escabroso esconde la clave fundamental que explica la deriva cínica del marxismo tanto teórico como político²⁰.

Pese a ello, prevalece aún una última posibilidad –o concesión– interpretativa por remisión a cuestiones de tipo estilístico: la utilización irónica o satírica de conceptos y expresiones de connotación psicopatológica²¹. Después de todo, ¿qué podrían ser las enfermedades psicológicas para un lector alemán de Foucault, un nostálgico de la revuelta cultural del '68 que, a su regreso de la India, invoca el anti-académico nombre de Diógenes?²² Quizá, nada más que arbitrarias “palabras de delimitación”, durante mucho tiempo tomadas demasiado en serio:

La «literatura psicológica» se ha convertido en un fenómeno de tales proporciones que uno no se puede enfrentar con ella sino de un modo sociológico y estadístico. No es sino el autoseguro de los modernos semicínicos [Semizyniker] en su papel cultural. A base de «formación», libros, diplomas, títulos, cursos complementarios y grados intentan hacer valer sus derechos civiles en la «cultura oficial» (que por lo demás no existe). Al mismo tiempo, sirve para la penosa delimitación de «enfermedades» [«Krankheiten»], y no son pocos los psicólogos que tienen demasiado miedo, desprecio, altanería o agresividad en la voz cuando pronuncian palabras como narcisismo, esquizofrenia, paranoia, ambivalencia, neurosis, psicosis, etc. Son palabras de delimitación [Wörter der Abgrenzung], palabras para los otros, palabras que se pronuncian desde el alto corcel de la normalidad. Sin embargo, puede ser una buena señal el que hoy día muchos terapeutas, voy a llamarlos clarividentes, hayan dejado caer la máscara de importancia y hayan abandonado el papel del serio representante de la realidad para ponerse, para provecho propio y de sus pacientes, del lado de la vida (Sloterdijk, 2019, p. 438).

²⁰ En esto, Sloterdijk reconoce la influencia de Heinrich Heine y de Johann Gottlieb Fichte, de quienes habría tomado la idea de que toda filosofía hunde sus raíces últimas en la vida práctica de quien la pregonó (Sloterdijk, 2019, pp. 58-59). El autor subraya que, en el asesinato de su esposa –una socióloga de orientación bolchevique–, Althusser intentó “resolver” su eterno conflicto interno entre el conocimiento y la ortodoxia partidaria: “hay asesinos que, en el fondo, son suicidas que se aniquilan a sí mismos en el otro” (Sloterdijk, 2019, p. 161).

²¹ Wilson es de la opinión de que, más que una “crítica” en el sentido riguroso del término, la *Crítica de la razón cínica* –que, según él, rara vez supera el nivel de la mera narración– no es más que una gran ironía cuyo único propósito es motorizar oposiciones y obligar al lector a posicionarse (Wilson, 1987, pp. 62-63).

²² Es menester recordar que Sloterdijk comenzó sus estudios universitarios en 1968, año de las revueltas estudiantiles y del auge de la Nueva Izquierda. Autores como Couture (2016), Wilson (1987), Müller-Funk (2017), Babich (2012) y Kudriavtseva (2014) coinciden en que la nostalgia del autor por los sucesos políticos y culturales del '68 atraviesa y define muchos de los posicionamientos filosóficos de la *Crítica de la razón cínica*.

Resuena en todo esto una suerte de golpe de tambor antipsiquiátrico. Bastante modesto, si se tiene en cuenta el hecho de que Sloterdijk se desentiende inmediatamente, y sin mayores explicaciones, de la necesidad de tomar partido en discusiones epistemológicas u ontológicas más profundas, referidas al estatuto de las denominadas enfermedades mentales. No parece haber aquí, por lo tanto, atisbo alguno de una teoría –por más básica que sea– de las psicopatologías, lo cual es coherente con la tónica general de la obra, orientada hacia la reivindicación quíntica de la “fresca ignorancia”²³. En esta dirección, al celebrar de pasada la satirización del lenguaje psiquiátrico, la mirada de Sloterdijk está puesta –más que en “estériles” controversias teóricas– en el desenmascaramiento de los poderes disciplinarios subyacentes a toda distinción entre lo normal y lo patológico. Sin embargo, las comillas angulares en la palabra “enfermedades” dan cuenta de la poca credibilidad que Sloterdijk concede a esta categoría.

Desde un punto de vista panorámico, lo que podríamos denominar como el cinismo de los psiquiatras –susceptible también de darse con arreglo a matices “semicínicos”– se inscribe en la yuxtaposición de dos cinismos cardinales: el cinismo del saber y el cinismo de la medicina. El primero de ellos se corresponde con el “alto pensamiento”, es decir, con la teoría de orientación “señorial”, inclinada dogmáticamente hacia la subsunción violenta de la realidad bajo el principio del orden (Sloterdijk, 2019, pp. 427-429). Implica una voluntad de saber regida, en última instancia, por la instrumentación “polémico-estratégica” del conocimiento, motivo por el cual la relación con los objetos de estudio es, desde el inicio, una relación de distanciamiento y enemistad: “La cosa que está *contra mí* se convierte en objeto. Todo objeto –si se tomase en sí mismo– es un rebelde potencial, un *contra-yo* o un medio [en manos de otros] en la lucha *contra mí*” (Sloterdijk, 2019, p. 510). No existe, por lo tanto, el conocimiento desinteresado. Ni siquiera al nivel de la denominada “investigación de base”. Dentro del ámbito de las ciencias humanas, esto adquiere ribetes mucho más dramáticos, dado que introduce separaciones y jerarquías entre los sujetos según patrones morales y disciplinarios de conducta. Las prácticas discursivas y no-discursivas del saber trazan, de este modo, líneas demarcatorias que distribuyen a los individuos según modos de ser autorizados para decir “Yo” y modos condenados al ámbito del “no-yo” o, incluso, del mero “Ello” (Sloterdijk, 2019, pp. 525-529).

Por su parte, el cinismo de la medicina brota alrededor de una profesión que, por definición, obliga a sus miembros a desarrollar un realismo crudo, de cuerpos muertos o moribundos. Se asienta sobre una conciencia de muerte y un saber de la fragilidad del cuerpo. Sin embargo, desde el momento en que logró escindirse del sacerdocio, la medicina entró una relación problemática con la muerte, a la cual ya no es capaz de percibir como precio natural a pagar por la vida. En este sentido, el médico moderno es prefigurado por Sloterdijk como un “partidario «absoluto» de la vida”, cuya unilateralidad lo lleva, trágicamente, a luchar encarnizadamente por “la vida de cuerpos hace tiempo desahuciados y moribundos” (Sloterdijk, 2019, p. 397). En esto radica precisamente la quintaesencia de su cinismo: en una espiral ilimitada de oposición a la muerte que termina aniquilando la vida. El resultado no es otro, por ende, que una “medicina de señores” (*Herrenmedizin*), corrompida por el poder de curar, que se interesa más por las enfermedades que por los enfermos (Sloterdijk, 2019, p. 404). Sloterdijk advierte que esta medicina capitalista despliega un control totalitario sobre lo somático cuya extensión es necesario contener:

El interés de las clases médicas institucionalizadas trabaja para conseguir por todos los medios unas situaciones en las que todo lo corporal quede totalmente medicado: desde la medicina laboral, pasando por la medicina deportiva, la medicina sexual, la medicina digestiva, la medicina alimentaria, la medicina de entrenamiento, la medicina de accidentes, la medicina criminal, la medicina bélica, hasta llegar a las medicinas que se han asegurado la competencia del control sobre las dos variantes, la saludable y la insana, del respirar, andar, estar de pie, aprender, leer periódicos; por no hablar del embarazo, del nacimiento, del morir y otras cabriolas de corporeidad humana. [En consecuencia, disciplinas como la] medicina general psicosomática, medicina laboral, ginecología, psiquiatría, entre otras [...] son las especialidades que más tendrían que saber, por motivos de lógica interior, que todo lo que hacen está en peligro de dañar más que de curar, mientras no se proponga otra dirección para el auxilio: a partir de la vida, de la libertad y de la conciencia (Sloterdijk, 2019, pp. 408-409).

La principal consecuencia de este modelo es la consolidación de una sociedad terapéutica. En ella, la “forma clínica de vida” (*klinische Lebensform*) destruye, en los médicos, la orientación hacia lo sano por medio de un proceso espiralado de medicalización de la existencia. En este contexto, proliferan masivamente y por doquier, junto a los enfermos tradicionales, una nueva estirpe de individuos que sufren por su incapacidad para estar sanos: los “enfermos de civilización” (*Zivilisationspatienten*) (Sloterdijk, 2019, pp. 404-405), aquellos que sucumben al imperativo totalitario y unilateral de la salud en el intento absurdo de lograr desentenderse para siempre de la muerte.

²³ Sin embargo, Babbet Babich sostiene que Sloterdijk es el principal obstáculo para la fuerza quíntica que él mismo intenta desatar, dado que su propia erudición ilustrada lo acerca más a la sátira menipea –cuya estructura y longitud, al ser similar a la novela, se distancia radicalmente de los epigramas de Marcial– que a la potencia performática de un Diógenes de Sínope (Babich, 2012, p. 24).

En este punto de la argumentación, Sloterdijk no llega tan lejos como para afirmar que las enfermedades somáticas se reducen a ser meras construcciones sociales –como sí parece insinuar en su crítica “nominalista” de las enfermedades psiquiátricas-. En cambio, las considera parte inalienable de la condición humana: expresión de nuestra finitud. Pero no penetra demasiado en el fondo de este asunto. Y las más de las veces lo hace considerando a las enfermedades somáticas desde el punto de vista subjetivo de los pacientes, esto es, con especial énfasis en la dimensión existencial implicada en el estar enfermo. Por este motivo, Sloterdijk se interesa por una idea general y bastante difusa de ‘enfermedad’ que hunde sus raíces en el debilitamiento de la “voluntad de vivir” (*Lebenswillle*), aspecto fundamental para toda curación –ignorado tanto por la medicina como por la psiquiatra señoriales-. Esto vale tanto para las “palabras de delimitación” de las que se ocupa la psiquiatría como para las “enfermedades «serias»” («ernster» *Erkrankungen*) –nótese el lugar del entrecorillo en el original– que competen a los médicos clínicos²⁴.

En esta senda, el filósofo declara su simpatía por las subculturas emergentes de “auxilios alternativos” (*alternativen Helfens*). Con esta expresión se refiere al amplio “movimiento de autoauxilio lego” (*Laienhelferbewegungen*), desarrollado en Occidente –según formatos diversos: psicosomáticos, religiosos o directamente anticientíficos– como respuesta a la deshumanización de los sistemas de salud (Sloterdijk, 2019, pp. 399-401 y 409). A la base de un posicionamiento semejante se encuentra cierto respeto sloterdijkiano ante el enigma de la “curación psicológica”: es decir, el misterioso papel que desempeña la fe del paciente en el auxiliador como condición de posibilidad para el restablecimiento de la salud²⁵. Este énfasis en la “parte sugestiva de las curaciones” implica el supuesto de que la eficacia de las terapias depende, en gran medida, de la eficacia simbólica; esto es, de la adhesión al sistema de prácticas terapéuticas de una cultura determinada²⁶. De acuerdo con este esquema, los enfermos son sujetos que necesitan un aliado para proyectar y concentrar en él sus fuerzas autocurativas, su voluntad de vivir; para lo cual son sumamente determinantes las escenificaciones externas –por ejemplo, rituales, ceremonias, procedimientos– para facilitar el despliegue del drama energético interior en el que se pone en juego la posibilidad de curarse (Sloterdijk, 2019, pp. 399-400)²⁷.

Además de resaltar esta base “psicológica” o “vital” de las enfermedades somáticas, la etiología sloterdijkiana –si podemos llamarla de este modo– se completa por medio de una imputación causal a la sociedad imperante. Las “tendencias autodestructivas de la civilización” (*zivilisatorischen Selbstzerstörungstendenzen*) se encuentran a la base, no sólo de las psicopatologías, sino también de muchas enfermedades somáticas –a veces consecuencia directa de los hábitos medicalizados imperantes-. Ello se debe a que se vive en medio de una locura organizada que desgasta, de manera continua, el bienestar físico, afectivo y mental de las personas para luego imponerles, como única solución posible, la fe inquebrantable y obligada en los medicamentos:

Cuantas más enfermedades [*Krankheiten*] se originan de las relaciones político-civilizadoras [*politisch-zivilisatorischen Verhältnissen*], es más, de la misma medicina, tanto más cae la praxis médica de nuestra sociedad en las complicaciones del cinismo superior, que sabe que él mismo favorece con la mano derecha el mal para cuya curación cobra con la mano izquierda (Sloterdijk, 2019, p. 404).

Mientras la medicina no abandone su dedicación a los efectos y su desinterés –en ocasiones, calculado– por las causas, seguirá siendo cómplice de la atmósfera cínica predominante²⁸. Algo similar podría decirse de la psiquiatría y de sus disciplinas afines, sospechosas de colaboracionismo con el sistema demencial que llamamos ‘sociedad’. Al menos, desde el momento en que se deciden a tratar a sus pacientes con

²⁴ Es posible que estas enfermedades “serias” sean aquellas que nos colocan ante nuestra propia mortalidad. De todos modos, no está del todo claro si el entrecorillo implica además una ironía relativa a la supuesta diferencia de valor, en términos de objetividad, respecto de las psicopatologías.

²⁵ El interés de Sloterdijk por este tipo de fenómenos psicosomáticos puede ser comprendido por remisión a dos influjos decisivos. El primero de ellos, es la lectura de *El descubrimiento del inconsciente*, obra publicada en 1970 por Henri Ellenberger, un escrito de presencia continua a lo largo del *corpus* sloterdijkiano. En este libro, Ellenberger defiende la necesidad de estudiar las prácticas psicoterapéuticas antiguas a la luz de las modernas: “El desarrollo de la moderna psicoterapia ha dirigido la atención hacia el misterio del mecanismo de la curación psicológica y nos ha demostrado que muchos de sus detalles todavía nos desconciertan. ¿Por qué ciertos pacientes responden a un tipo determinado de cura mientras que otros no lo hacen? No lo sabemos; por lo tanto, cualquier cosa que pudiera arrojar algo de luz sobre este problema será bienvenida” (Ellenberger, 1976, p. 20). El segundo de estos influjos se explica, con bastante plausibilidad, por la adopción, por parte de Sloterdijk, de elementos místicos de procedencia hindú y orientación *New Age*, conocidos por el autor de primera mano a través de la figura de Osho.

²⁶ Sloterdijk toma esta tesis de *El descubrimiento del inconsciente*, de Henri Ellenberger (1976, p. 30).

²⁷ “¿No es, sin embargo –incluso para un paciente civilizado– un momento impresionante aquel en que se le muestra el objeto de su enfermedad, en que un cirujano le muestra, por ejemplo, el tumor que le ha extraído; un dentista, el diente danado; o un médico general, la tenia expulsada?” (Ellenberger, 1976, pp. 30-31).

²⁸ En esta misma dirección, el filósofo afirma: “Una medicina que insistiera radicalmente en un pacto con la voluntad de vida tendría que convertirse actualmente en la pieza nuclear científica de una teoría de la supervivencia generalizada. Tendría que formular una dietética política que interviniere de una manera decisiva en las relaciones sociales de trabajo y de vida” (Sloterdijk, 2019, p. 405).

miras a propiciar su “adaptación a la «miseria mediocre» freudiana del adulto tipo” (Sloterdijk, 2019, p. 439)²⁹.

Esta imputación etiológica a los males de la civilización moderna, junto a la dimensión sugestiva de las curaciones, hacen de la voluntad de vivir el punto de yuxtaposición en el que el problema de las enfermedades mentales se encuentra con el de las enfermedades somáticas en un espacio de límites móviles y permeables. La primera de estas fronteras porosas es la que separa, pero al mismo tiempo conecta, a las patologías corporales con las psíquicas a través de los misteriosos pasadizos subjetivos de la curación³⁰. El segundo de estos límites permeables es el que, en cada uno de estos subdominios, separa lo sano de lo enfermo, lo normal de lo patológico. Respecto de las “palabras de delimitación” de la psiquiatría esto es bastante obvio, según ha sido expuesto ya anteriormente. Mayor novedad reviste el hecho de que, para Sloterdijk, en el campo de lo somático suceda algo bastante similar. La razón esgrimida por el autor hunde sus raíces en las paradojas de la medicalización, es decir, en el proceso socio-cultural por el cual, problemas originariamente no pertenecientes al ámbito de la medicina, comienzan a ser formulados de manera médica. De acuerdo con esto, la enfermedad –entendida como el mal a erradicar– “desaparece” como tal si, al interior de una cultura determinada, se desplaza el límite que separa a los sucesos que forman parte natural de la vida de aquellos que no, frontera cuya movilidad depende, precisamente, de lo que el autor define como voluntad de vivir. La medicalización de todo aquello que hace a nuestra fragilidad constitutiva se corresponde, por esta razón, con una actitud “patológica” –en sentido más filosófico que médico– que hace de los modernos una turba hipocondríaca de muertos en vida. A causa de ello, “lo que es un buen auxilio y lo que es un salvador real no lo ha sabido definir jamás por propia fuerza una medicina” (Sloterdijk, 2019, p. 408), dado que requiere para ello de la filosofía:

Frente a la división médica de la competencia en la propia existencia corporal sólo sirve, en última instancia, la corporización consciente de nuestra fragilidad humana, de nuestro estar enfermo, de nuestra mortalidad. No necesito decir qué difícil resulta esto, pues el miedo, cuando aumenta, nos hace a todos demasiado predispuestos a desplazar nuestra competencia en la vida y la muerte del propio cuerpo o a traspasarla a los médicos sin considerar que incluso la medicina de conservación más perfecta, al final, nos devuelve a nosotros mismos toda la responsabilidad y el dolor indivisible en nuestro momento de mayor desamparo. A aquel que se dé cuenta de que el círculo de alienación y de huida debe concluir siempre al final en la propia muerte le debe resultar manifiesto que haría mejor en llevar el círculo en otra dirección, hacia la vida en lugar de hacia el aturdimiento, hacia el riesgo en lugar de hacia la seguridad, hacia la corporización en lugar de hacia la división (Sloterdijk, 2019, p. 409).

De todo esto se desprende que el concepto sloterdijkiano de enfermedad está plagado de paradojas no resueltas, que el autor se limita a plantear para luego salir de ellas con solícita premura. Esto se corresponde con una concepción general, transversal a todos los escritos de este periodo, de la cultura entendida como un juego que se despliega a partir del “descubrimiento de paradojas” internas (Sloterdijk, 2019, p. 328), pues no existe otro fundamento para la costumbre, la ley o la creencia que el hecho de estar recostadas peligrosamente sobre “la existencia de ironías fundamentales” (Sloterdijk, 2009, p. 162)³¹. Esto hace bastante difícil la posibilidad de concluir en qué medida la de Sloterdijk es o no una lectura “psicopatologizante” del cinismo. Especialmente, porque el concepto de enfermedad es explorado por el autor, no como una categoría definida, sino más bien como una paradoja llena de ironías y de ambivalencias posibles que, mantenidas en secreto, sirven al sometimiento de los otros, mientras que, expuestas a la luz, satirizan la falsa seriedad opresora de las prepotencias medicalizantes y psiquiatrizadoras. Si existe, por lo tanto, una distinción sloterdijkiana entre lo sano y lo patológico, es una distinción de segundo orden.

²⁹ Por contrapartida, la “psicología crítica” manifiesta potenciales quínicos altamente operativos. Esto ha quedado demostrado, para Sloterdijk, en los espectáculos freudomarxistas de 1968. La “cara ofensiva del psicoanálisis” hizo allí su aparición histórica por medio de una renuncia decidida a participar de las “automistificaciones” burguesas que oprimen y deforman a los individuos (Sloterdijk, 2019, p. 435).

³⁰ En uno de los episodios finales de *El árbol mágico*, el Marqués de Puységur, pionero en el arte del “sueño magnético” –antecedente directo del “hipnotismo” decimonónico–, explica al protagonista del relato, de manera muy oscurantista, los fundamentos de la terapia magnética: “O bien hacéis de vuestra vida un ejercicio de voluntad [...], o bien vuestra vida y voluntad van en sentidos opuestos y vos estáis dividido y deseáis algo que creéis ha de devolveros la unidad de vida y voluntad” (Sloterdijk, 1986, p. 218). En este sentido, las patologías –corporales y anímicas– son causadas por la escisión de la voluntad de vivir –eso que Sloterdijk denomina, sin demasiadas explicaciones, “esquizofrenia”–. En consecuencia, para Puységur, “cada enfermedad traduce un profundo no querer. Mi labor consiste en potenciar el querer positivo que existe bajo ese no querer” (Sloterdijk, 1986, p. 219).

³¹ En *El pensador en escena. El materialismo de Nietzsche*, Sloterdijk desarrolla ampliamente este problema, que constituye el núcleo central de la civilización, tomando como punto de partida diversos elementos del *Nacimiento de la tragedia*. Sobre el final de este ensayo, declara que “la conciencia humana se sitúa ontológicamente en un espacio irónico: un emplazamiento en el que el animal fingidor está condenado a descubrir sus propias ficciones” (Sloterdijk, 2009, p. 162) –pese a que también, por supuesto, necesita de ellas–. En la nota al pie número treinta y ocho, afirma que esta aseveración es el primer paso para una crítica de la razón cínica capacitada para pensar, a través de la categoría de cinismo, la situación de la cultura y del mundo en un horizonte “postnietzscheano” (Sloterdijk, 2009, p. 163).

4. Conclusiones

En *Crítica de la razón cínica*, la melancolía es el templo de ánimo sobre el que se construye una forma específica de realismo. Entendida como pérdida de la ilusión, constituye el núcleo psicodinámico de la Ilustración: un modo de vincularse con el edificio amoral de lo real a partir del desenmascaramiento. Es además un elemento clave en la dialéctica que define al cinismo, es decir, en el proceso anímico por el cual la decepción es metabolizada, en grados cada vez mayores, de autoafirmación en la dureza. A causa de ello, Sloterdijk no indaga en la melancolía o la depresión propiamente dichas, cosa que sí hará en obras posteriores, a medida que su perspectiva de análisis filosófico-cultural se desplace progresivamente en favor de una perspectiva psicológico-antropológica. En estos desarrollos venideros, el interés por la depresión y las psicosis se corresponderá con su valor antropológico como experiencias límite de lo humano³².

En lo que respecta al límite que separa a la melancolía del cinismo, se trata de una frontera difusa que, depende, en cada caso, del nivel de tolerancia subjetiva a los requerimientos de la dialéctica cínico-depresiva. Esta soportabilidad exige, por un lado, no sucumbir a la “petrificación” melancólica –es decir, al pasmo depresivo–; pero, por otro, sustraerse al riesgo de ser abducido por delirios paranoides y alucinaciones esquizoides. Después de todo, si el cínico es portador de una psicodinámica de equilibrio frágil esto se debe a su peligroso coqueteo, no sólo con las depresiones, sino también con las psicosis. A su vez, el asunto se complejiza aún más si se tiene en cuenta que, para Sloterdijk, la noción de “enfermedad” es, por sí misma, bastante problemática. Mientras que las enfermedades mentales no son más que “palabras de delimitación”, las enfermedades somáticas son fruto de la medicalización de la vida. Y ambas son expresión de una voluntad de vivir escindida y debilitada, esto es, de una forma de existencia incapaz de habitar las paradojas a las que se expone toda civilización.

De acuerdo con esto, la distinción entre salud y enfermedad es una distinción de segundo orden. Esto significa que no es una distinción entre hechos o estados de cosas, sino una distinción recursiva, una distinción que interroga y examina el valor de una distinción. En este sentido, lo sano y lo enfermo no son, en la prosa de Sloterdijk, palabras en boca de un “lenguaje-objeto”, sino modos de evaluar la capacidad subjetiva de aprehensión de matices y ambivalencias en el trabajo con distinciones. A causa de ello, la medicalización de la vida, en su obsesión totalitaria por lo sano, es una tendencia patológica. Lo mismo puede decirse de la “psicopatologización” de sujetos reducidos al estatuto del “no-yo”, pues ambas son expresiones de un pensamiento unilateral reticente a las ironías de lo real. En este sentido, salud y enfermedad se miden, de acuerdo con Sloterdijk, en función de la receptividad que tenga una vida determinada para hacer frente a las ambivalencias inherentes a la condición de estar vivo. De todo esto se desprende lo siguiente: si el cinismo es, para Sloterdijk, un fenómeno patológico, lo es en tanto patología de segundo orden. No porque desconozca la falta de fundamentos de todo orden social y sea, por lo tanto, ajeno a la ambivalencia del existir. Sino porque se detiene allí donde sería todavía posible realizar una ironía más: a saber, la que interpela y ridiculiza su desquiciado sentido de autoconservación. Aquel que, en definitiva, fomenta su aspiración a la dureza de carácter y al dominio de los otros, a la vez que lo conduce, sin escalas, hacia una oscura región en la que la autoafirmación –si no fracasa y se convierte en melancolía– se funde peligrosamente con la autodestrucción.

5. Referencias bibliográficas

Fuentes primarias

- Sloterdijk, P. (2019): *Crítica de la razón cínica*, trad. de Miguel Ángel Vega Cernuda, Madrid, Siruela.
- Sloterdijk, P. (2009a): *El pensador en escena. El materialismo de Nietzsche*, trad. de Germán Cano, Valencia, Pre-Textos.
- Sloterdijk, P. (2009b): *Esferas I*, Madrid, Ediciones Siruela.
- Sloterdijk, P. (2008): *Extrañamiento del mundo*, Valencia, Pre-textos.
- Sloterdijk, P. (2004): *Esferas II*, Madrid, Ediciones Siruela.
- Sloterdijk, P. (1986): *El árbol mágico. El nacimiento del psicoanálisis en el año 1875. Ensayo épico sobre la filosofía de la psicología*, trad. de Ana María de la Fuente, Barcelona, Seix Barral.
- Sloterdijk, P. (1983a): *Kritik der zynischen Vernunft. Erster Band*, Frankfurt, Suhrkamp Verlag.
- Sloterdijk, P. (1983b): *Kritik der zynischen Vernunft. Zweiter Band*, Frankfurt, Suhrkamp Verlag.

³² *El árbol mágico* es un primer paso en esta dirección, que luego será profundizada en textos como *Extrañamiento del mundo* (2008, p. 70), *Esferas I* (2009b, pp. 415-424) y *Esferas II* (2004, pp. 530-579).

Fuentes secundarias

- American Psychological Association (2015): *Dictionary of Psychology. Second Edition*, Gary R. VandenBos (edit.), Washington.
- Berrios, G. (2013): *Historia de los síntomas de los trastornos mentales*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Campbell, R. (2009): *Campbell Psychiatric Dictionary. The Definity Dictionary of psychiatry. Ninth Edition*, Oxford University Press, New York.
- Couture, J. (2016): *Sloterdijk*, Cambridge, Polity Press.
- Babich, B. (2012): *Sloterdijk Now*, Stuart Elden (edit.), Cambridge, Polity Press, pp. 17-36.
- Tuke, D. (edit.) (1892): *Dictionary of Psychological Medicine. Vol. I*, Philadelphia, P. Blakiston & Co.
- Ellenberger, H. (1976): *El descubrimiento del inconsciente. Historia y evolución de la psiquiatría dinámica*, trad. de Pedro López Onega, Madrid, Editorial Gredos.
- Feltham, C. (2017): *Depressive Realism. Interdisciplinary perspectives*, New York, Routhledge.
- Freitas, J. H. (2021): “El cinismo y los alemanes. Una indagación sobre las fuentes germánicas de *El coraje de la verdad* de Michel Foucault” en *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 38(2), pp. 323-336.
- Fuentes, M. (2022): “Duelo y melancolía. La depauperización depresiva como “fraude metafísico” en Peter Sloterdijk” en *Metis. Revista Interdisciplinaria de Fenomenología*, N°3, pp. 9-36.
- Jackson, S. W. (1989): Historia de la melancolía y la depresión. Madrid: Ediciones Turner.
- Rodríguez Kuri, S. (2013): “La melancolía ¿Neurosis o Psicosis?” en *Realitas. Revista de Ciencias Sociales, Humanas y Artes*, 1(1), pp. 56-58.
- Kudriavtseva, V. (2014): “Neo-Cynicism of Peter Sloterdijk: a Revenge of the Enlightenment?” en *Journal of Siberian Federal University. Humanities & Social Sciences*, 8 (2014- 7), pp. 1278-1285.
- Martín, A. L. (1977): «La etapa de la conciencia desdichada en la Fenomenología de Hegel» en *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, XV (40), pp. 73-83.
- Müller-Funk, W. (2017): “Die Weimarer Republik – Ein historisches Hauptstück der Zynischen Vernunft. Die Narrative Formatierung der deutschen zwischenkriegszeit in Peter Sloterdijks Kulturgeschichtlichem Kompendium von 1983” en *Pro-Fil*, pp. 24-33.
- Sorgner, S. (2007): «In Search of Lost Cheekiness an Introduction to Peter Sloterdijk's 'Critique of Cynical Reason'» en *Arhe*, IV/8, pp. 195-212.
- Wilson, N. (1987): “Punching out the Enlightenment: A Discussion of Peter Sloterdijk's *Kritik der zynischen Vernunft*” en *New German Critique*, No. 41 (Spring - Summer, 1987), pp. 53-70.
- Wirtz, M. (edit.): *Dorsch Lexicon der Psychologie*, Göttingen, Hogrefe Verlag GmbH & Co. KG. <https://dorsch.hogrefe.com/>